



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La utilización ideológica de la historia

El caso de Rusia y Ucrania

Estudiante: Javier Lozano de Diego

Director: Javier Martín Merchán

Madrid, Junio 2023

Resumen: La historia como herramienta de legitimación es una de las claves del conflicto entre Rusia y Ucrania. Ambos comparten un pasado que ha sido utilizado por sus respectivas tradiciones historiográficas en la ideologización de la historia para la consecución de sus objetivos políticos.

Abstract: History as a tool of legitimization is one of the keys of the conflict between Russia and Ukraine. Both share a common past that has been used by their respective historiographic traditions in the ideologization of history for the pursuit of their political objectives.

Palabras clave: Legitimación, Historia, Mito Fundacional, Rusia, Ucrania, Rus de Kiev, Putin, Nacionalismo, Relato.

Key Words: Legitimization, History, Foundational myth, Russia, Ukraine, Kievan Rus, Putin, Nationalism, Tale.

Índice:

Introducción

4

Marco teórico

6

La construcción de los mitos fundacionales

6

Tradicón historiográfica y propagandística rusa

9

Análisis

14

Ideología de Putin a través del manifiesto Russia at the turn of the millennium

14

La historia oficial de Rusia

18

La Rus de Kiev y el príncipe Vladímir a través de la historiografía rusa y ucraniana

21

El nacionalismo ucraniano y su conexión con el fascismo

27

Conclusiones

36

Bibliografía

40

Introducción

Este trabajo realiza un estudio de la importancia de la disciplina histórica como herramienta legitimadora de diferentes estructuras de poder y de intereses políticos. Para ello, se centra en el conflicto entre Ucrania y Rusia como ejemplo paradigmático de como los relatos historiográficos que se han construido a partir de elementos de su pasado común ha llevado a visiones dispares de la historia que comparten. El objetivo del trabajo no es realizar un recorrido histórico de las dinámicas que han llevado al conflicto que ambos países viven en la actualidad, sino analizar como estas han sido presentadas por las diferentes tradiciones historiográficas y manipuladas por sus respectivas instituciones de acuerdo a sus intereses y aspiraciones políticas.

El trabajo se compone principalmente de cuatro temas que componen los apartados en los que se divide. En primer lugar, haré una breve introducción respecto a la importancia que el relato histórico y los mitos que lo componen tienen en la construcción de las identidades nacionales y de los ideales políticos con los que se identifican. Para ello, analizaré la forma en la que a lo largo del tiempo se constituye un mito fundacional en el subconsciente colectivo de un pueblo determinado, partiendo desde que el suceso en cuestión sucede y estudiando como éste se va relatando y viéndose afectado por los intereses e ideas de un determinado contexto espacio-temporal, empleando para ello el ejemplo de la batalla de Covadonga y su importancia en la conciencia nacional española y en la legitimación de los reyes medievales de los reinos cristianos de la península ibérica. En segundo lugar, llevaré a cabo un análisis del lugar que la historia de Rusia tiene en la ideología del presidente de Rusia Vladimir Putin. La historia tiene un papel central en la construcción de la legitimidad de la autocracia rusa y en este apartado estudiaré por qué. Dentro de él analizaré la tradición historiográfica de los diferentes conceptos que Putin utiliza en su idea de la historia de Rusia, y como han sido tratados por diferentes académicos rusos a lo largo de los siglos. También estudiaré a fondo la visión que Putin tiene de la historia rusa a través de un manifiesto que él mismo escribió antes de llegar a ser presidente y que desvela una serie de claves al respecto, así como la campaña estatal que ha llevado a cabo desde que está en el gobierno para que ésta sea la versión oficial de la historia rusa y combatir de ésta manera otras que vayan en contra de sus intereses. En el tercer apartado hablaré sobre el estado medieval Rus de Kiev y uno de sus gobernantes más destacados, el príncipe Vladimir para los rusos o Volodímír para los ucranianos, centrándome en como dos relatos diferentes se han construido a partir de este episodio tan importante en el pasado común de ambos países y como en él

se encuentran muchos de las claves para entender la identidad colectiva rusa y ucraniana. En el último apartado analizaré la evolución del nacionalismo ucraniano en sus diferentes configuraciones a lo largo del siglo XX, su vinculación con el fascismo y como el actual gobierno de Kiev construye su ideología y propaganda a partir de él.

El trabajo, a través de una profunda labor de investigación que incluye fuentes rusas y ucranianas, busca dar una imagen imparcial de la ideologización que la historia sufre en general, y en particular en estos dos países cuyo controvertido pasado es necesario estudiar para comprender los conflictos actuales y futuros.

Marco teórico

La construcción de los mitos fundacionales

La historia es una herramienta ampliamente utilizada por diversas instituciones en la construcción de su legitimidad y la persecución de sus objetivos. Es una ciencia cambiante, en continuo desarrollo, y que deja espacio a la interpretación, la revisión e incluso la inventiva en su misión de establecer un relato que de sentido al presente y explique el pasado. Las sociedades políticas han reconocido siempre el potencial de la historia como una herramienta legitimadora de sus intereses y la constitución de sus ideales, tiene un gran potencial para la cohesión de los pueblos así como para guiarlos en base a los relatos de sus antepasados. Tan importantes son aquellos hechos de los que tenemos constancia empírica como los numerosos relatos y mitos que los acompañan y los dan forma y sentido dentro de un particular contexto geográfico y temporal. Estos relatos, formados durante siglos e instaurados en la conciencia colectiva de los pueblos, constituyen el alma de las sociedades políticas y es imprescindible conocerlos para entender las dinámicas actuales en el contexto internacional. La disciplina histórica no puede evitar que se introduzcan en sus explicaciones del pasado mitos, leyendas, medias verdades, exageraciones o hechos fabricados. Aunque esto dificulte nuestra comprensión de los hechos que componen el pasado, ofrecen una herramienta valiosa para el entendimiento de las sociedades en cuya identidad están inmersos y la concepción que tienen de sí mismos. Los pueblos que habitan la tierra han creado estos relatos, pero los relatos en cuestión también han creado a su vez a los pueblos, pues no son los eventos y hechos aislados los que tienen importancia en la identidad de una sociedad humana, sino el relato historiográfico que a partir de ellos surge y que permite conectarlos con las inquietudes y necesidades de sociedades presentes y futuras.

La legitimación del poder es un proceso que responde tanto a las necesidades del presente y futuro de un determinado grupo humano como a los eventos que componen su pasado y el relato que a partir de ellos se crea para construir una identidad colectiva y justificar a partir de ella cualquier institución o sistema político que se implante. Toda sociedad política ha desarrollado relatos históricos que responden en mayor o menos grado a la realidad fáctica de unos determinados acontecimientos para construir su legitimidad a partir de ellos. Estos relatos constituyen en muchos casos mitos fundacionales en los que la veracidad histórica no es tan importante como el significado que tienen para las comunidades en las que han nacido. En el mundo antiguo, muchos de los

ejemplos más característicos de estos relatos tienen un carácter religioso, como el contenido en el antiguo testamento respecto al pueblo de Israel y su consideración de este como el pueblo elegido por Dios. De otros somos incapaces actualmente de determinar el grado de veracidad histórica que encierran, como en el caso de la *Iliada* para los antiguos griegos, cuyo relato no se preocupa de presentar los hechos de una forma verosímil sino que se trata de una alegoría de lo que ese evento significó para las diferentes polis griegas que por primera vez adquirieron una conciencia colectiva común. El principal mito fundacional de la Roma clásica, la *Eneida*, se inspira en este relato griego, y es otro ejemplo más de como en la antigüedad la literatura y la alegoría suplía en gran medida la escasa labor histórica que se tenía capacidad para llevar a cabo.

Los estados naciones actuales tienen en su mayoría numerosos mitos nacionales que componen su identidad colectiva gracias a la importancia que determinados eventos han tenido en la construcción de un relato que a su vez ha constituido un proceso legitimador de un *status quo* concreto. En el caso de España encontramos un ejemplo adecuado para ilustrar como el relato historiográfico que acompaña a un determinado evento puede superar en importancia al propio evento en sí. Hablamos de la batalla de Covadonga, hecho que, aunque no está totalmente libre de discusión, la mayoría de historiadores coinciden en que efectivamente tuvo lugar, aunque probablemente en una escala mucho menor de lo que con posterioridad se relató, y que nos ayudará a ilustrar el proceso de concepción de un mito fundacional y del uso ideológico de la historia. Se cree que la batalla tuvo lugar en el año 718 o 722 y supuso una gran victoria para Pelayo y el resto de nobles visigodos que se habían refugiado en el norte de la península ante el avance musulmán. A pesar de que las primeras menciones a este acontecimiento se encuentran en el testamento de Alfonso II del año 812, las primeras fuentes que describen el evento en profundidad son dos crónicas de la década de 880; la crónica albeldense y la crónica de Alfonso III, que se divide a su vez en la versión rotense y la versión sebastianense. Estas crónicas suponen los primeros documentos en los que el conflicto de los reinos cristianos con la Al-andalus musulmana se concibe en clave religiosa. El relato de este evento empezó a adquirir entonces una serie de recursos que presentaban los hechos como evocaciones de acontecimientos bíblicos y que relacionaban la victoria con una intervención divina¹. Esta intervención divina se convierte en el hecho legitimador de la monarquía asturiana, proclamando su derecho divino a gobernar en base a la intervención de Dios en su batalla con los musulmanes, así como una supuesta línea sucesora entre los reyes visigodos y Pelayo. En el siglo

¹ Balbés, Y. La batalla de Covadonga y el mito fundacional de España. *Academia Play* (2022).

XIII, principalmente tres obras; *Chronicon mundi*, de Lucas de Tuy; *De Rebus Hispaniae*, de Jiménez de Rada y *Estoria de Espanna* de Alfonso X, configuraran el relato de la conquista musulmana que se había producido por el relajamiento moral de los visigodos, seguido de la contienda que llevaran a cabo los reinos cristianos que sobrevivieron de recuperar el territorio perdido con la ayuda de Dios, proceso que a finales del siglo XVIII adquiriría el nombre de reconquista y que se convertiría en un mito fundacional de la nación Española y un recurso histórico ampliamente utilizado por tendencias políticas centralizadoras y católicas.²

Como este, existen incontables ejemplos de relatos históricos contruidos durante siglos y recuperados en momentos de necesidad como parte de una narrativa histórica ideologizada que constituye una legitimación colectiva de una determinada estructura política e institucional. Ya desde tiempos de los romanos la legitimación de un determinado poder político se dividía en *potestas* y *auctoritas*, lo que implica que más allá de la legitimidad legal debe existir una conciencia colectiva de que ese poder no contradice el devenir histórico de una sociedad determinada. Este objetivo probablemente tenga más que ver con el nacimiento de la disciplina histórica que el deseo de relatar el pasado. En las sucesivas páginas descubriremos como dos pueblos con una historia compartida han construido relatos historiográficos opuestos sobre ella y como la historia y la concepción de dos naciones que de ella surge es una parte central en la ideología de los dos gobiernos que protagonizan la guerra más devastadora en el momento en el que se escribe este trabajo.

² Ordoñez, A.M. *La Reconquista: construcción de un mito identitario. Usos políticos y discursivos de un concepto anacrónico*. “Nuestra historia 9” (2020).

Tradición historiográfica y propagandística rusa

Durante el periodo soviético circulaba entre la población un chiste que define a la perfección el uso que desde las esferas de poder ruso se ha hecho de la historia: “El futuro de Rusia como país es indudable, lo que resulta impredecible es su pasado”. Existen incontables ejemplos de como el empleo de diferentes relatos históricos ha condicionado la identidad rusa e influido en su situación política interna y externa. En la propia concepción del estado ruso se puede reconocer una utilización interesada de eventos y dinámicas históricas, al ensalzarse la herencia bizantina de sus instituciones y la concepción de sí misma como la tercera Roma una vez que Constantinopla cayó en manos de los turcos en el año 1453. Esta visión del país como una sociedad con un destino marcado por la misión de continuar una determinada herencia cultural y política se continuó manifestando durante los siglos posteriores, donde las dos instituciones más importantes, el gobierno del zar y la iglesia ortodoxa, mantenían un discurso histórico determinado que les permitiera potenciar sus intereses y movilizar en su favor a una población mayormente campesina y analfabeta. En ocasiones primando su condición de país europeo superior a los territorios vecinos asiáticos y con derecho a gobernarlos, en otras sus lazos eslavos erigiéndose como la responsable de su defensa ante las injerencias de potencias extranjeras y a lo largo de su historia confiriendo al país un carácter mesiánico como defensor de la verdadera fe y continuación del pueblo elegido mencionado en las sagradas escrituras, como podemos observar en expresiones artísticas rusas que realizan paralelismos entre Moscú y Jerusalén, como *Bendito sea el zar celestial*, pintado en 1550.

Algunos dirigentes soviéticos invirtieron grandes esfuerzos en representar una versión ideológica de la historia rusa. Determinados personajes fueron ensalzados al considerarse representativos de los ideales soviéticos, como Minin y Pozharski, carnicero y príncipe respectivamente que movilizaron a la población contra la invasión extranjera y durante siglos han representado la unión entre el pueblo y la élite rusa, o Alejandro Nevski, príncipe de Nóvgorod que se enfrentó a los alemanes de la orden teutónica y cuya figura fue asiduamente utilizada a partir de 1941 cuando la Alemania Nazi invadió la Unión Soviética, proyectándose de forma continuada en Moscú la película que el celebre cineasta Eisenstein le dedicó para celebrar la victoria del héroe ruso sobre el pueblo germano y que inspirara a las tropas del ejército rojo, la cual en los años anteriores había estado censurada al estar vigente el pacto Molotov-Ribbentrop que unía los intereses alemanes y rusos. Dentro de los líderes soviéticos que más emplearon la historia como recurso ideológico se encuentra Stalin, que promocionó figuras controvertidas como Ivan IV el terrible al hallar

paralelismos entre la represión y crueldad que ambos gobernantes desplegaron y que para el gobierno soviético debía enseñarse siempre conectada con los objetivos superiores del estado ruso que la hacían necesaria. A pesar de las claras diferencias ideológicas entre el gobierno de los zares y el comunismo de la Unión Soviética, Stalin rompió con la política de Lenin de rechazo a los símbolos históricos del pasado ruso y recuperó el imperio de los zares como impulsor de su ideología nacionalista, que rompía con el internacionalismo anterior, y como legitimador de sus propias ganancias territoriales.

Resultaría interminable recoger los usos políticos que líderes rusos han hecho de diferentes episodios y personajes históricos, pero en este trabajo nos centraremos en el ejercido por Vladimir Putin, considerado por sí mismo como un experto en historia rusa, que ha hecho desde el inicio de su primer mandato una utilización interesada de ella como parte de su ideología de la gran Rusia que debe volver a ocupar el lugar que la corresponde en el panorama internacional. Desde el gobierno ruso han llevado a cabo una ambiciosa campaña para controlar la historia rusa y eliminar la influencia extranjera en su historiografía, desarrollando un ensalzamiento de determinadas figuras y dinámicas que se alinean con la visión de Putin de Rusia y de su forma de estado ideal.

La importancia que el presidente ruso da a la historia quedó patente desde su victoria en las elecciones en las que se presentó por vez primera para sustituir a Boris Yeltsin, en 1999. Tras ellas, llenó Moscú con vallas de propaganda política en las que aparecía un mapa de Rusia con 145 figuras de la historia nacional del país, una cada por cada millón de habitantes, con el lema “una Rusia fuerte es una Rusia unida”. Estas figuras, entre las que se hallaban importantes nombres culturales como Chaikovski o Tolstoi, figuras del pasado como Alejandro Nevski, zares como Pedro el Grande y líderes soviéticos como Lenin y Stalin, ejemplifican el uso que desde ese momento el gobierno de Putin hará de la historia, con un marcado carácter nacionalista y un ensalzamiento de los periodos de mayor poder en el ámbito internacional.

Putin posee una visión de la historia rusa conservadora y estatista, en la que los principios liberales occidentales debilitan su capacidad para controlar su vasto territorio y han provocado los periodos de mayor inestabilidad del país, siendo estos reconducidos por gobiernos fuertes y autoritarios. “La interpretación que de ella hace señala que Rusia ha logrado ser fuerte cuando su pueblo ha estado unido detrás de un Estado poderoso, y que ha sido débil cuando el pueblo ha estado

dividido y ha perdido de vista los “principios rusos” que lo unían y distinguían”³. Estos “principios rusos” que son tan frecuentemente utilizados en la retórica histórica de Putin tienen su germen en las corrientes eslavófilas que surgieron en el siglo XVIII como oposición a las reformas occidentalizadoras del zar Pedro el Grande que pretendía sacar al país de su atraso y misticismo a través de un acercamiento a los principios políticos, sociales y culturales de Alemania. Numerosas reformas, muchas de ellas religiosas, fueron vistas como un ataque a la identidad rusa que estaba siendo absorbida por la cultura europea, surgiendo en este periodo por primera vez la puesta en valor de Rusia como una entidad independiente tanto de Europa como de Asia gracias a su particular historia. Estas ideas tuvieron su continuación en la *intelligentsia* Rusa del siglo XIX, de nuevo como reacción a las ideas que venían de Occidente, en esta ocasión de los novedosos principios de la revolución francesa. De esta manera, se desarrolló una ideología nacional rusa, especialmente como reacción a los levantamientos de 1833, definida por el ministro de educación Serguéi Uvarov con la máxima, en la que se debía educar al pueblo, de “espíritu de la ortodoxia, autocracia y nacionalidad” a modo de respuesta al “liberté, égalité, fraternité” francés. Se erigen en esta coyuntura, por lo tanto, la iglesia ortodoxa y el estado autoritario como los soportes de la nación rusa, idea que mantiene vigencia en la Rusia de Putin, y se centran los esfuerzos intelectuales del momento en buscar elementos que separen a los rusos de los europeos, como parte de la estrategia del Zar de contener las ideas liberales que surgen en el continente y los movimientos nacionales que amenazan su imperio en su frontera occidental. “Conocida como “nacionalidad oficial”, esta nueva ideología estaba sustentada por el viejo mito de que lo que distinguía a los rusos de los europeos era la fuerza de su devoción a la iglesia y al zar y su capacidad de sacrificio al servicio de un objetivo patriótico superior”⁴. Esta idea del sacrificio nacional y el sufrimiento que los rusos deben soportar para llegar a un objetivo superior estará muy presente en el periodo de la Unión Soviética, como justificación de la represión y las hambrunas que sus habitantes sufrieron. Del mismo modo, la idea que Rusia no puede acoger un gobierno democrático y necesita una autoridad autocrática por sus particulares características nacionales ha estado muy presente a lo largo de toda la historia rusa, y ha sido defendida por muchos de sus más importantes gobernantes, desde el zar Nicolás hasta Putin, que como veremos más adelante lo considera una verdad irrefutable teniendo en cuenta la historia Rusa.

Los eslavófilos del siglo XIX, muy influenciados por autores como Gógol, añadieron a los pilares de la “nacionalidad oficial”, el estado autocrático y la iglesia ortodoxa, su fascinación por los

³ Figes, O. *La historia de Rusia*. Penguin Random House. Barcelona (2022).

⁴ Figes. *Ibid*

valores del campesinado ruso. Los campesinos representan en ese momento una gran mayoría de la población rusa y a lo largo de toda su historia ha sido un grupo social determinante en las dinámicas sociales, políticas y económicas que ha vivido Rusia. En el campesinado ruso existen una serie de valores propios, como la responsabilidad colectiva frente a los tributos o un ferviente sentimiento religioso tanto respecto al cristianismo ortodoxo como hacia la figura del zar, en los que no nos detendremos en este trabajo pero que pueden en gran medida explicar parte del pensamiento político ruso y son imprescindibles para entender tanto el autoritario gobierno de los zares como la revolución que los depuso en 1917 y el régimen que los sustituyó. Para los esclavófilos, en estos valores tradicionales del campesinado se halla el alma misma de Rusia y su identidad diferenciable de los estados europeos y los cambios que estaban sufriendo en el siglo XIX “Los esclavófilos partían del mito de Rusia como defensora de los principios cristianos contra el materialismo secular occidental”⁵ Estos movimientos ideológicos del siglo XVIII y XIX son imprescindibles para entender visión histórica de Putin, así como su puesta en valor del estado autocrático y el cristianismo ortodoxo como pilares fundamentales del país.

Las ideas paneslavas del siglo XIX son de gran relevancia para entender la ideología de Putin y la guerra que libra en Ucrania. Cuando estas surgieron, sus ideólogos empujaron al zar Nicolas I a defender a los eslavos y ortodoxos en los Balcanes y en tierra santa hostigados por occidente, conduciendo a la guerra de Crimea, al entender que Rusia era una “civilización espiritual” que trascendía sus límites territoriales, lo que la confería la misión de defender a los pueblos con los que comparte raíces culturales y religiosas del expansionismo europeo. También al inicio de la primera guerra mundial encontramos el deseo ruso de defender a los eslavos del sur del imperialismo austriaco, y de nuevo en la actualidad podemos reconocer esta retórica según la cual Rusia debe hacer frente a la intromisión occidental en su esfera de influencia. El mundo eslavo y ortodoxo que tanta importancia tenía para los zares del siglo XIX y XX es sustituido en la actualidad por el concepto de “mundo ruso” *Russkii mir*, término acuñado por el patriarca de Moscú con el objetivo de delimitar la herencia cultural de la Rus de Kiev y la defensa de sus valores tradicionales, y que igualmente representa para Putin la esfera de influencia inmediata de Rusia comprendida en los antiguos territorios de la Unión Soviética. La caída de ésta rompió este mundo ruso, de ahí que sea descrita como “la mayor catástrofe del siglo XX”⁶ en los propios discursos de Putin, lo que no impide que Rusia tenga la responsabilidad de blindar esta esfera de influencia y considerar cualquier

⁵ Figes. Ibid

⁶ <https://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>

intromisión occidental en ella como un ataque a su seguridad nacionalidad. Tanto en la mentalidad de los eslavófilos decimonónicos como en la ideología actual de Putin, Rusia se ve como un ente no definido por sus fronteras territoriales, sino por su influencia cultural definida por unos valores espirituales opuestos a las ideas seculares y liberales de la civilización occidental, que es incapaz de entender ni reconocerla en su multiculturalidad, viéndola como un estado agresor al que debilitar. Como argumenta Danilevski en su influyente libro *Rusia y Europa*, Rusia no forma parte de Europa ni debe medir su progreso según los principios universales de aquella, que son en realidad un medio de imponer sus valores a otras civilizaciones.⁷

⁷ Danilevski, N. *Russia and Europe: The Slavic World's Political and Cultural Relations with the Germanic-Roman*. Brock University (2013).

Análisis

Ideología de Putin a través del manifiesto *Russia at the turn of the millennium*

Para entender la visión que Putin posee del pasado ruso resulta de gran ayuda observar sus propias reflexiones, que delineó de forma clara en su manifiesto *Russia at the turn of the millenium*, escrito en 1999. Putin escribe este manifiesto en un momento difícil para Rusia, inmerso en una crisis económica que desde el año anterior afectaba al país y una crisis política por las pulsiones independentistas de algunos territorios. Sin embargo, resulta más destacable la crisis ideológica que el país vivía tras la reciente caída de la Unión Soviética y el nacimiento de la Federación Rusa. Durante gran parte del siglo XX la identidad nacional rusa había estado ligada a la ideología comunista y la revolución social, y tras quedar huérfana de ella el país se encontró en una crisis de valores e identitaria, forzando a buscar en su historia elementos de cohesión social y política distintos al experimento socialista. Putin, a pesar de reconocer los éxitos de la Unión Soviética, considera que este periodo situó al país en un evidente retroceso con respecto al resto de potencias industriales y que debe, en el nuevo milenio, dejar atrás sus atrasos tecnológicos y económicos para mejorar su posición internacional. Putin recalca en varias ocasiones su concepto de Rusia como una nación a la que no pueden extrapolarse los avances sociales que se han desarrollado en los países occidentales “Every country, Russia included, has to search for its own way of renewal”⁸. Rusia debe buscar su renovación política social y económica en su propia historia y no en valores e ideas que exporte de fuera, por mucho que estas hayan funcionado en el extranjero. De nuevo observamos la oposición de los valores liberales seculares europeos con los valores tradicionales rusos. Para Putin, estos valores occidentales se impusieron en dos ocasiones en Rusia en el siglo XX; en 1917 y en 1991. Estos dos momentos suponen la fractura de la nación rusa por ideas promovidas por potencias occidentales extranjeras. En el primer caso, el progreso al que los Romanov habían llevado a Rusia se rompió por los “liberales” de 1917, entiendo liberales como todos los opositores al régimen monárquico y el *status quo* previo, y no se recuperó la estabilidad del país hasta que el estado fuerte de Stalin tomó el control. En 1991 ocurrió lo mismo, y Putin se ve a sí mismo con la misión de recuperar la estabilidad política en el país a través de un estado autoritario. El estado fuerte se presenta como una necesidad para el progreso de Rusia y el bienestar de sus habitantes, que no pueden aceptar los avances liberales y democráticos que se dan por hecho en otros países “Our state and its institutes and structures have always played an exceptionally important role in the life of the country and its people. For Russians a strong state is not an anomaly which should be got rid of. Quite the contrary,

⁸ Putin, V. *Russia at the turn of the millennium* (1999).

they see it as a source and guarantor of order and the initiator and main driving force of any change”⁹. El estatismo es por tanto una constante en la historia rusa y debe marcar ideológicamente el futuro del país si desea superar los atrasos que en ese momento arrastraba y garantizar su estabilidad social y política.

Conviene preguntarse brevemente de donde viene esta preferencia por un estado autoritario fuerte que diferencia a Rusia de sus vecinos europeos. Para algunos autores este hecho se explica por la herencia asiática que muchas instituciones rusas adquirieron tras más de tres siglos de ocupación mongola, Vernadsky lo describió como el punto de inflexión de la historia rusa¹⁰. Resulta innegable que muchas instituciones rusas posteriores tiene un origen mongol, como la corresponsabilidad de los campesinos frente al pago de tributos, que tiene origen en el *krugovaya poruka* mongol, y que es uno de los elementos determinantes la construcción progresiva de una mentalidad que prima lo colectivo a lo individual. Todos estos elementos adquiridos de los mongoles forman lo que el príncipe Trubetskói describió como “pisque oriental”¹¹, una serie de elementos culturales y sociales que van desde la inclinación por la simetría abstracta a los estilos de baile tradicionales que, al contrario que en Europa donde se realizan en parejas, se llevan a cabo en grupos como es común Asia.

Otros autores, principalmente rusos del siglo XIX que veían como una humillación que un pueblo asiático hubiera podido gobernar a uno europeo como Rusia, consideraron que la presencia mongola no había tenido efecto alguno. Así pensaba el historiador Lijachov “De Asia recibimos notablemente poco”¹² y otros autores, basándose principalmente en crónicas medievales que describían a los mongoles como saqueadores de Rusia pero no como sus conquistadores¹³. En mi opinión el legado mongol si tiene una importancia clave en la tradición autocrática rusa, al haber sido las instituciones de éstos adaptadas por los primeros zares para ejercer su poder. Hay otros factores que han influido notablemente en la diferente evolución que ha tenido la sociedad rusa hacia un estado más autoritario con respecto a otras potencias europeas. Uno de ellos es la ausencia de

⁹ Putin. Ibid

¹⁰ Vernadsky, G. *A history of Russia*. Yale University (1961).

¹¹ Trubetskói, N. *Exodus to the East forebodings and events : an affirmation of the Eurasians*. Charles Schlacks jr. (1996).

¹² Karamzin, N. *Historia del estado ruso*. Editorial Eksmo (2009).

¹³ Halprin, C. *The Tatar Yoke: the Image of the Mongols in Medieval Russia*. Bloomington (2009).

instituciones públicas que desde la sociedad civil hayan ejercido un contrapeso al poder del estado y hayan podido articular una evolución democrática de la sociedad como ocurrió en los países europeos. Uno de los motivos de este fenómeno era la escasa vinculación que existía entre los terratenientes que gobernaban un territorio y éste. Desde el inicio de la construcción del estado ruso, a consecuencia de la inmensa expansión territorial que conllevó, se implementaron instituciones como la *pomestie*, entrega de tierras a boyardos de bajo rango una vez se completaba su conquista militar y que implicaba una gran movilidad de estos al trasladarse a los nuevos lugares donde la expansión continuaba. Este sistema fue sustituyendo progresivamente a las formas más antiguas de propiedad e implicó que los *pomeshchiki* no tenían tiempo ni incentivos de echar raíces en una comunidad determinada, sino que eran “criaturas de estado”¹⁴, lo que impidió que todas las instituciones que vinculaban a la nobleza con el territorio en la Europa feudal no apareciesen en Rusia, y que las élites fuesen mucho más dependientes del zar. Todos estos elementos, y otros, condicionaron la estructura social del país creando un estado mucho más autocrático y un sistema política que giraba en torno a y dependía completamente del zar “Todo el pueblo se considera esclavo del Zar”¹⁵, lo cual heredaron los sistemas políticos rusos sucesivos. Sin embargo, el objetivo de este apartado no es tanto rastrear el origen de la idea de que un estado fuerte es necesario para gobernar Rusia sino señalar que ésta está es indudablemente presente en la ideología de Putin y su visión de la historia rusa, aunque lo diferencie del totalitarismo para tratar de alejarse del pasado soviético.

Putin continua, a lo largo del manifiesto, realzando los valores tradicionales rusos en oposición a los occidentales a través de los cuales se puede constituir la Rusia del futuro. Destaca entre ellos el patriotismo y la solidaridad social. Para Putin, estos elementos constituyen una mentalidad rusa claramente opuesta al individualismo occidental, que prima los sentimientos colectivos y otorga una función paternalista al estado. El valor de la solidaridad social tiene, como hemos indicado, origen en las instituciones de corresponsabilidad campesina que implicaban que cada pueblo o comunidad se hacía responsable conjuntamente del pago de tributos, lo que sería mantenido tanto por los zares como por los bolcheviques. La relación que existía entre el pueblo ruso y el zar era una devoción casi religiosa. En las comunidades campesinas se referían a él como “zar-batiushka” (zar padrecito) y existía la tradición de dirigirse a él con peticiones sobre los abusos que

¹⁴ Figes. Op Cit.

¹⁵ Herberstein, S. *Notes upon Russia. Being a translation of the earliest account of that country, entitled Rerum Moscoviticarum Comentariorum*. R.H. Major (1851-1852).

recibían de los terratenientes, peticiones que en ocasiones devinieron mortales como en 1905, al considerar que la opresión que se ejercía sobre ellos era a causa del desconocimiento del zar, al que se veía como una figura bondadosa y protectora del pueblo, hasta la crisis de legitimidad que sufrieron a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Este culto a la personalidad se trasladó a los líderes soviéticos y es lo que en parte explica la concepción personalista del gobierno de Rusia, que acostumbra a identificarse con un líder fuerte como Vladimir Putin, el cual debe actuar como protección del pueblo frente a todas aquellas instituciones que son culpadas de los abusos cometidos contra ellos, ya sean terratenientes, boyarlos, oligarcas, comisarios del pueblo... Un mito popular que sostuvo la monarquía durante siglos y que permitió que, a pesar de los continuos abusos a los que la población civil era sometida, esta siempre librara al gobernante de su responsabilidad y lo achacaban a su desconocimiento de la situación.

La historia oficial de Rusia

Putin ha empleado el poder del estado para que su visión de la historia de Rusia sea la dominante en la sociedad y se constituía como versión oficial a la misma, eliminando las corrientes que rivalizan ella. En el año 2007, tras un congreso que el presidente celebró con profesores de secundaria para transmitirles la preocupación que sentía por como se impartía a los estudiantes la historia rusa, la Duma aprobó una ley según la cual el Ministerio de Educación decidía que libros debían impartirse en las aulas. Para ello, la administración presidencial encarga un libro llamado *La historia moderna de Rusia, 1945-2006*, para el que establece las siguientes pautas sobre los líderes rusos del periodo comprendido en el volumen: “Stalin: bueno (fortalecimiento del poder vertical pero sin propiedad privada); Jruschov: malo (debilitamiento del poder vertical); Brézhnev: bueno (por las mismas razones que Stalin); Gorbachov y Yeltsin: malos (destruyeron el país, pero con Yeltsin hubo propiedad privada); Putin: el mejor gobernante (fortalecimiento del poder vertical y propiedad privada)”¹⁶.

Esta tendencia continuó con el objetivo de acabar con lo que se percibía como una manera de enseñar la historia rusa basada en la culpabilidad por los crímenes de estado cometidos, que habría comenzado con la *glasnost* de Gorbachov, y de eliminar la influencia extranjera en la manera en que los habitantes del país percibían la historia rusa. En 2008 se llevó a cabo una requisita en el archivo de la asociación Memorial de San Petersburgo, que durante décadas había investigado la represión de Stalin, aunque finalmente fue devuelto por orden judicial. En el año 2012 se aprobó una ley que obligaba a todas las ONG que recibiesen alguna financiación extranjera a registrarse como “agente extranjero”, lo que llevó al cierre de la sede del Memorial en Moscú en 2021. Adicionalmente, se han llevado a cabo persecuciones contra historiadores concretos, como la acusación y condena por pedofilia al investigador Yuri Dmitriev, después de que este descubriera una fosa común de la época de Stalin.¹⁷ Del mismo modo, la Duma aprobó en el año 2014 una ley para proteger la historia oficial de la Gran Guerra Patria, como se conoce a la Segunda Guerra Mundial, tipificando como delito la “difusión intencionada de información falsa sobre la contribución de la Unión Soviética a la victoria en la Segunda Guerra Mundial”, empleada posteriormente en la persecución de historiadores que investigaron y divulgaron la colaboración entre la Alemania nazi y la Rusia Soviética tras el pacto

¹⁶ *Kommersant-Vlast'*, nº 27 (371) (2007).

¹⁷ Figes. Op Cit.

Ribbentrop-Molotov. Es importante destacar que la historiografía oficial del régimen de Putin no niega los crímenes cometidos por la dictadura de Stalin, que ya empezaron a ser reconocidos por el estado desde que su sucesor Jruschov ascendió al poder en 1953. Sin embargo, considera que estos deben ser conectados con los objetivos que se perseguían con los mismos y con las contribuciones que el régimen hizo a la construcción del estado soviético y a la salvación de Europa de la Alemania Nazi.

La cuestión de la salvación de Europa y el descontento ruso por que esta labor no sea reconocida suficientemente es una constante que se ha dado en repetidas ocasiones en la historia del continente. Los tres ejemplos paradigmáticos de momentos en los que historiadores rusos han recriminado a occidente no haber reconocido suficientemente la labor de sus ejércitos en la salvación de Europa son la batalla de Kulikovo, cuando los moscovitas derrotaron a los mongoles, la invasión de Napoleón de Rusia que marco el final de la hegemonía del imperio bonapartista y la contribución soviética en la derrota de Hitler durante la Segunda guerra Mundial. Es innegable que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial ha existido en los países occidentales un proceso cultural y político para centrar la atención en aquellas partes del conflicto donde los protagonistas eran los aliados occidentales. Este proceso, protagonizado principalmente por las grandes producciones cinematográficas de Hollywood, ha hecho en algunos casos olvidar a la población occidental la enorme contribución soviética en el conflicto, como mínimo tan importante como la de los aliados occidentales. “Ante la inexistencia de cine sobre el frente oriental en Europa, se crea la percepción de que solo Estados Unidos hizo el esfuerzo necesario para vencer al nazismo.”¹⁸ Este hecho queda demostrado por una encuesta realizada en Francia a lo largo de las décadas posteriores al conflicto en la que se calibra la percepción de los encuestados respecto a la importancia que cada país tuvo en la victoria sobre el nazismo. En Mayo de 1945, un 57% de los encuestados consideraban que la Unión Soviética era la que más había contribuido a la victoria, haciendo lo propio un 20% respecto de Estados Unidos y un 12% respecto del Reino Unido. En las encuestas posteriores podemos ver el efecto de la producción cultural americana y europea al respecto, hasta que en el año 2004 observamos que solo un 20% considera que la Unión Soviética fue el país que más contribuyó, un 58% cree que fue Estados Unidos y un 16% el Reino Unido¹⁹. Esta derrota soviética en la batalla por la hegemonía cultural sobre un tema de tanta importancia en el pasado reciente de la historia rusa es en parte lo que Putin pretende combatir, al menos respecto a la población rusa, con sus iniciativas de

¹⁸ Arancón, F. *Hollywood, el ganador de la Segunda Guerra Mundial*. El Orden Mundial (2017).

¹⁹ Sondages IFOP 1945, 1994, 2004.

enseñanza de una historiografía oficial. A este respecto, conviene destacar el gran descontento que supuso para el mandatario ruso que los británicos y estadounidenses no acudieran a la celebración del 75º aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi, considerándolo un insulto que continua la tendencia de las potencias occidentales de no agradecer suficientemente la contribución soviética a la guerra.

Otra iniciativa destacable del gobierno de Putin por controlar el discurso histórico en el país es la apertura de veinte parques temáticos llamados Mi Historia, que desde el año 2015 se reparten por todo el territorio ruso. A raíz de una iniciativa del patriarca de la iglesia ortodoxa rusa, Cirilo, que en 2011 había organizado una exposición en Moscú llamada *Rus Ortodoxa*, los parques se conciben como una forma de complementar la enseñanza en las aulas para terminar con la visión negativa que muchos rusos tenían sobre su propia historia. Estos parques refuerzan muchas de las ideas principales de la ideología de Putin, como el nacionalismo, la consideración histórica de que Rusia solo ha prosperado cuando ha contado un líder fuerte y la amenaza que suponen las potencias extranjeras. Los hechos históricos presentados en estos parques temáticos se narran de una forma interesada para establecer paralelismos con las políticas de Putin y contribuir a su legitimidad “La colaboración con los mongoles es ensalzada como -en palabras de Serguéi Lavrov, ministro de asuntos exteriores de Putin- el “fundamento de la tradición centenaria de la diplomacia rusa” de mirar hacia el este (léase: China) cuando el país es rechazado por Occidente (léase: sanciones occidentales contra Rusia).”²⁰.

En definitiva la historia supone un recurso idóneo para Putin en el desarrollo de sus políticas y la consolidación de su ideología estadista, conservadora y nacionalista, y está dispuesto a emplear los mecanismos coercitivos del estado, aunque naturalmente también mecanismos de poder blando, para que su visión del pasado ruso sea la versión oficial del país. Considera que tanto sus predecesores Gorbachov y Yeltsin como las potencias occidentales han maltratado la historia rusa instaurando en su población un “síndrome del masoquismo histórico”, un sentimiento de culpa e inferioridad arraigado en el pasado del país²¹. De esta manera, Putin realiza un análisis interesado de la historia para manipular la identidad rusa y otorgar legitimidad histórica tanto a su gobierno como a sus políticas internas y externas.

²⁰ Figes. Op Cit.

²¹ Miller, A. “Adjusting Historical Policy in Russia” *Russia in Global Affairs* nº 4 (2014).

La Rus de Kiev y el príncipe Vladímir a través de la historiografía rusa y ucraniana

El estado medieval conocido como la Rus de Kiev ha sido ampliamente considerado como el germen de la patria rusa, así como de la Ucraniana. Este hecho ha llevado a amplias discusiones doctrinales como consecuencia de la atribución que ambos países realizan del legado de este estado medieval que a pesar de su relativa corta duración tiene una gran importancia en el desarrollo histórico de la región, principalmente por la adopción del cristianismo ortodoxo como parte de la extensa herencia bizantina que recibió durante su existencia. El debate histórico sobre esta región presenta una gran importancia, una parte importante de la consideración de la identidad ucraniana como parte integrante de la rusa o como independiente de esta viene de las diferentes interpretaciones del estado de la Rus de Kiev y el periodo posterior a su disolución. Lo cierto es que tratar de establecer una conexión real entre este estado medieval y los estados modernos de Ucrania o la Federación Rusa implica una utilización interesada de la historia al no existir una verdadera continuidad entre ellos. Sin embargo, la Rus de Kiev supone el origen de muchas instituciones y dinámicas sociales y políticas que aun están presentes en los estados que ocupan actualmente el territorio en el que se situó, y esta en el centro de los debates políticos e identitarios que pueden encontrarse en la región, y que en actualidad son una de las causas de la guerra que se desarrolla entre ambos países. A raíz del pasado común de estas dos naciones, surgen diferentes puntos de vista sobre qué representa exactamente la Rus de Kiev en el pasado del pueblo ruso y el pueblo ucraniano. Para el gobierno de Putin, así como para otros muchos líderes rusos antes que él, la Rus de Kiev constituye la prueba de que Rusia, Bielorrusia y Ucrania, son en realidad tres estados que forman parte de la misma nación histórica. Las fronteras políticas actuales supondrían una negación de la realidad histórica de la región, y del ente político y cultural denominado la gran Rusia. Para aquellos ucranianos que recelan de la influencia rusa, la Rus de Kiev supone la primera materialización de una Ucrania independiente, un ente político que a pesar de no haber existido como tal durante gran parte de la historia reciente tiene su germen en ese estado con capital en Kiev cuya herencia política mantiene el actual país gobernado por Zelenski.

Como decíamos, vincular el origen de Rusia, o de Ucrania, entendidas como naciones del siglo XXI, con el estado medieval denominado Rus de Kiev, forma parte del mito nacional sobre los orígenes de la nación que en el caso ruso especialmente cuenta con una larga tradición historiográfica. Esta tradición parte en origen del único documento escrito con el que contamos sobre los orígenes de Rusia, llamado *Relato de los años pasados*, aunque mejor conocido como la *Crónica*

de Néstor. Esta crónica, compilada en Kiev en la década de 1110, es la que cuenta el origen de la Rus de Kiev que se ha popularizado y que sigue siendo objeto de controversia para los historiadores, debido a la escasez de fuentes primarias que lo confirmen. Según esta crónica, las tribus eslavas que vivían en el actual noroeste de Rusia tenían dificultades para gobernarse a sí mismos y establecer orden en sus comunidades, lo que les llevó a pedir a los Rus, una rama de Vikingos probablemente suecos, que los gobernasen, lo que hicieron a través de Rurik, que gobernó la ciudad de Nóvgorod hasta su muerte en el año 879²². Según el historiador Orlando Figes, este relato debe leerse más como un “cuento de hadas” que como un libro de historia, refiriéndose a que la extendida transmisión y posición en la cultura popular responde más a su carácter de mito fundacional que a verdad histórica, y que el objetivo de estas crónicas es más la legitimación de la dinastía Ruríkida que en el momento gobernaba en Kiev y la alegoría religiosa que acercarse a algo parecido al rigor histórico. De hecho, gran parte de *La Crónica de Nestor* esta compuesta por canciones épicas y poemas narrativos de transmisión oral de carácter puramente ficticio. Este relato ha sido, sin embargo, la versión más extendida sobre los orígenes de Rusia al menos desde el siglo XVIII, cuando comenzó la disciplina académica histórica en Rusia, aunque no fuera este el momento idóneo para sugerir que los rusos tenían un origen sueco, ya que ambos países se enfrentaron en una guerra entre 1741 y 1743, lo que provocó que en un primer momento, tras intensos debates académicos, se prohibiera la difusión de los hallazgos de Gerhard Friedrich Müller, historiador alemán que popularizó la conexión entre rusos y Vikingos. Este debate pasó a conocerse como la “controversia normanista”, por el origen normando de los vikingos, y aún hoy es un debate con una alta carga política e ideológica²³. La tesis normanista comenzó imponerse a finales del siglo XVIII, aunque en todo momento planteo problemas para numerosos académicos rusos por implicar que la cultura rusa tenía un origen extranjero germano, y más aún, que el nacimiento de ésta se debía a que los eslavos habían sido incapaces de gobernarse a sí mismos y habían requerido el gobierno de los extranjeros vikingos para mantener el orden en su territorio, tesis apoyada por muchos académicos alemanes que veían a los rusos como un pueblo inferior y de forma natural sometidos a los más civilizados europeos “Los eslavos, salvajes, groseros y aislados, comenzaron a ser socialmente aceptables tan solo gracias a los germanos, cuya misión, decretada por el destino, fue la de sembrar entre ellos las primeras semillas de la civilización”²⁴.

²² García de la Puente, I. *Traducción de la crónica de Nestor*.

²³ Figes. Op Cit.

²⁴ Harris, Z. y Ryan, N. “The inconsistencies of History: Vikings and Rurik” *New Zealand Slavonic Journal*, vol. 38 (2004).

Para combatir estas ideas, académicos rusos del siglo XIX, denominados antinormanistas, trataron de demostrar el origen eslavo de los Rus, negando la idea expuesta en *La Crónica de Nestor* de que se tratara de vikingos. Situaron el origen de estos en Ucrania, basándose en las excavaciones arqueológicas realizadas en la zona, y defendieron que su influencia era mayoritariamente bizantina y no germánica. Los esfuerzos por demostrar el origen eslavo de los rusos se intensificaron durante la época de Stalin, momento de gran confrontación con los alemanes, que trató de demostrar la existencia de una patria eslava coincidente con la zona de influencia de la Unión Soviética y que conectó de forma clara esta visión del origen de Rusia con la etnia a través de investigaciones etnoarqueológicas, obligando a los historiadores que defendían la tesis normanista a revisar su trabajo²⁵.

Una figura dentro de la historia de la Rus de Kiev que ha despertado especial controversia en el intento de ucranianos y rusos de apropiarse de la historia de este protoestado para sus fines políticos es la del príncipe Vladímir, o Volodímir como se conoce en Ucrania. Este príncipe, que gobernó entre el 980 y el 1015, es una de las figuras más importantes de la historia de Rus de Kiev, y de toda la historia de Rusia y Ucrania, ya que según el mito nacional fue bautizado en el año 988 en Crimea, entonces territorio bizantino, iniciando la conversión de su pueblo al cristianismo ortodoxo. Este hecho, por su importancia simbólica, suele considerarse el comienzo del cristianismo en el pueblo ruso, una cuestión de suma importancia en su historia debido al protagonismo que la institución de la iglesia ortodoxa rusa tendrá en los siglos posteriores y su función como legitimadora del poder real hasta la revolución de 1917, como ya hemos explicado. Sin embargo, este hecho está, como cabe esperar, rodeado de más leyenda que de verdad histórica. En primer lugar, la relevancia histórica de este hecho ha sido notablemente exagerada por la historiografía nacionalista rusa del siglo XIX, ya existían cristianos en la Rus de Kiev antes del bautismo del príncipe Vladímir, y los relatos de bautismos masivos como reacción a la conversión del príncipe que encontramos en algunas crónicas es un relato que vemos ampliamente utilizado en los mitos fundacionales cristianos de otros países. El territorio había estado sujeto a la expansión política y religiosa católica alemana desde al menos la mitad del siglo 10, tendencia que continuó hasta al menos el siglo XIII a pesar de la decisión del príncipe de aceptar el cristianismo ortodoxo y la influencia que desde entonces ejercieron los sacerdotes griegos, ya que debe recordarse que a pesar de la gran influencia bizantina

²⁵ Nielsen, J. "Boris Grekov and the Norman Question" *Scando-Slavica*, vol. 27 (1981).

que los Rus recibieron, sigue siendo un territorio más vinculado geográficamente a Europa central que a los Balcanes²⁶. Existe además un extendido relato sobre como Vladímir terminó decantándose por la fe ortodoxa después de que representantes de cada religión le visitaran tratando de convencerle para su conversión. Tras rechazarlas todas por diversos motivos, el islam habría sido rechazado por el príncipe por su prohibición de beber alcohol, el príncipe se convirtió al cristianismo ortodoxo después de que sus enviados quedaran fascinados con la belleza de la liturgia en Constantinopla²⁷. En realidad, su decisión estuvo motivada políticamente, con el objetivo de llevar a cabo un acercamiento con los romanos de oriente y dotarse de una religión para unificar un territorio multiétnico con diversos cultos paganos que se oponían al gobierno del príncipe²⁸, así como factores que facilitaban la implementación del cristianismo ortodoxo en el territorio, como el hecho de que ya existieran traducciones al eslavo de sus textos religiosos.

En Rusia y Ucrania existe un gran culto al príncipe Vladímir, que en la iglesia oriental rusa es santo, y se suele denominar “igual a los Apóstoles”, situándolo como una de las figuras más importantes del culto propio de ésta. La razón por la que existe una veneración tan importante de esta figura y se le otorga tanta importancia al momento de su bautismo es simple, de nuevo, asistimos a una utilización interesada de la historia por parte del estado para legitimar sus intereses, en esta ocasión por parte de Ivan IV, conocido como el Terrible. La razón que llevó a este Zar del siglo XVI promover el culto al príncipe de Kiev es que deseaba que Moscú fuese considerada como la tercera Roma, una vez que Constantinopla cayó en manos de los Turcos. El estudio de la campaña ideológica que se llevó a cabo para promover a Rusia como la tercera Roma es una cuestión de gran interés que excede el objeto de este trabajo, pero basta con señalar que la vida del príncipe era, aunque existían otras, una de las conexiones más evidentes entre la Rus de Kiev y Bizancio; no solo había adoptado Vladimir por la religión del imperio bizantino, y lo había hecho en Crimea, uno de sus territorios, si no que el emperador Basilio II había estado presente en la ceremonia y le había concedido al príncipe la mano de la hermana del emperador, Ana, como recompensa, compromiso que según la leyenda contenida en *La Crónica de Nestor* solo fue cumplido por los bizantinos después de que Vladímir amenazara con atacar Constantinopla. Las crónicas medievales

²⁶ Korpela, J. Prince, Saint and Apostle. Prince Vladimir Svjatoslavic of Kiev, his Posthumous Life, and the Religious Legitimization of the Russian Great Power. *Harrassowitz Verlag*. Wiesbaden (2001).

²⁷ Cross, S. y Sherbowitzwetzor, O. *The Russian Primary Chronicle*. Cambridge (1953).

²⁸ Figes. Op Cit.

probablemente exageran el poder de Vladímir tratando de equipararlo con el emperador, cuando lo más probable es que se tratara de un estado vasallo cuyo gobernante fue obligado a convertirse antes de partir de Crimea donde estaba ayudando a sofocar una rebelión²⁹. Más allá de todo esto, la figura de Vladímir fue muy venerada tras el reinado de Ivan el Terrible, siendo sus restos trasladados de Kiev a Moscú por los Romanov, y convirtiéndose en el centro del mito nacional que conectaba a Moscú con Bizancio y su cultura universal y otorgaba a Rusia su legitimidad imperial.

Para el nacionalismo Ucraniano Vladímir goza de una comparable importancia simbólica. Desde la visión Ucraniana, el bautismo del príncipe Vladímir marca el comienzo de su inclusión cultural y política en Europa, y es una de los eventos históricos con más importancia ideológica en la reafirmación ucraniana de su identidad europea. La adopción del cristianismo por el gobernante de Kiev representaría de este manera una constatación de la voluntad del pueblo Ucraniano de acercarse a Europa. Este cuestión tiene una gran importancia en el conflicto que se está dando actualmente en Ucrania, ya que en el origen del mismo se encuentra el debate de bajo que influencia quiere ésta desarrollar su futuro, la de las potencias europeas, mayoritariamente defendida en Kiev y las provincias del oeste, o la de Rusia, mayoritaria en el este del país donde la población es étnicamente rusa. En este debate tiene una enorme importancia figuras históricas como la de Vladímir que son utilizadas por el nacionalismo ucraniano para construir la identidad nacional del país como un ente separado de Rusia y puramente europeo.

La figura de Vladímir volvió a ser objeto de debate en 2016, cuando en Moscú se inauguró una estatua del príncipe, la cual es convenientemente un metro más alta que la que se encuentra en Kiev desde el siglo XIX, simbolizando la primacía rusa de las reivindicaciones rusas sobre el personaje. En respuesta a la inauguración de la estatua, la cuenta oficial de Twitter de Ucrania publicó una foto de la estatua de Kiev con el mensaje “Don’t forget what the real Prince Voldymir monument looks like”. El discurso de la inauguración fue realizado por el presidente Putin, el cual no perdió la oportunidad de expresar como el príncipe representaba la unión de los tres países actuales herederos de la Rus de Kiev; Rusia, Bielorrusia y Ucrania, así como para representarle como un ejemplo paradigmático de la creación de un estado fuerte, unido y centralizado capaz de aglutinar un territorio con una gran diversidad de pueblos, lenguas y culturas. De nuevo vemos la utilización de

²⁹ Feldman, A. *The historiographical and Archeological Evidence of Autonomy and Rebellion in Kherson: A Defense of the Revisionist Analysis of Vladimir’s Baptism (987-989)*. Universidad de Birmingham (2013).

Putin de la historia para defender su argumento de que de acuerdo a la realidad histórica de Rusia, la única forma en la que puede ser gobernada es mediante un estado fuerte y centralizado. Por parte de Ucrania, resulta evidente el deseo de apropiarse de la herencia de la Rus de Kiev con el objetivo de legitimar históricamente su independencia, defendiendo que la nación ucraniana es incluso más antigua que la Rusia, y rechazando la idea de que Rusia, Bielorrusia y Ucrania formen parte de la misma familia política y cultural, al tener la última un carácter más europeo y occidental que las otras dos.

El nacionalismo ucraniano y su conexión con el fascismo

Cuando el ejército ruso lanzó su invasión del territorio Ucraniano, los argumentos que el presidente Putin utilizó para justificarla en su discurso inmediatamente posterior se basaban en dos ideas, la protección de la minoría étnica rusa que habita principalmente en el este del país y la desnazificación de Ucrania. En este apartado nos centraremos en esta segunda idea, tratando de rastrear los orígenes ideológicos de la misma, el uso político que se ha hecho de ella y cuanto de verdad hay en que el nacionalismo ucraniano está íntimamente ligado al nazismo aún hoy en la actualidad. A través de un recorrido histórico estudiaremos porque la correlación entre el nacionalismo ucraniano y la extrema derecha es tan fuerte y porque las más importantes organizaciones que desde el Euromaidán luchan por la independencia respecto de Rusia, como el conocido batallón de Azov, procesan estas ideologías.

Existen al menos desde el siglo XVII ejemplos de experiencias políticas que han perseguido una mayor autonomía o la independencia del territorio que compone la actual Ucrania. Los cosacos que habitaron esta región durante la era moderna eran conocidos por sus deseos de libertad y su belicosidad, lo que les llevó a rebelarse en numerosas ocasiones contra el poder del Zar, en la mayoría de ocasiones proclamando un líder cosaco ser el verdadero Zar emulando ser algún pariente muerto con derecho al trono, consecuencia de la veneración religiosa que en Rusia existía hacia al Zar y que impedía que pudiera darse otra forma de contestación a su poder que no fuera el ataque a su legitimidad para ocupar el trono mediante la proposición de una candidatura de mejor derecho, como hizo el líder cosaco Pugachov, que lideró la última y más importantes de estas rebeliones cosacas entre 1773 y 1774 haciéndose pasar por Pedro III, el cual había sido destituido y posteriormente asesinado en 1762 por su esposa Catalina la Grande y su favorito el conde Orlov para que esta ocupara el trono, proclamando este cosaco del Don que en realidad había logrado escapar y que se trataba del verdadero Zar que había sido enviado por Dios para proteger al pueblo de los terratenientes. La revuelta se produjo como consecuencia del descontento de los cosacos tras los reclutamientos masivos que el ejército ruso llevó a cabo entre ellos después del estallido de la guerra con Turquía en 1768, convirtiéndolos en una unidad regular del ejército, y por una serie de medidas occidentalizadoras implementadas por la Zarina Catalina que atacaban sus convicciones religiosas, como la obligación de afeitarse la barba. La revuelta fue finalmente sofocada y Pugachov ejecutado en Moscú tras una gran campaña militar, pero el líder cosaco permaneció en el imaginario popular y

se convirtió en un referente para futuros revolucionarios, adoptándose el término *pugachovshchina* para describir la anarquía y violencia campesina³⁰.

El ejemplo más destacable de una estructura de poder ucraniana independiente es el Hetmanato de Ucrania. Este estado cosaco surgió en 1648 como resultado de la rebelión contra la mancomunidad de Polonia-Lituania, también conocida como república de las dos naciones, protagonizada por Bogdán Jmelnitski, que lideró a los cosacos del Zich de Zaporíyia, y que se convertiría en su primer Hetman. Este estado ocupaba el territorio de las antiguas voivodías de Kiev, la voivodía de Bratslav, la voivodía de Chernihiv y parte de la voivodía de Volhynia, así como parte de Bielorrusia. A partir de 1654 se convirtió en un estado vasallo de Rusia tras la firma del tratado de Pereiaslav, relación política que se renegociaba con la ascensión de cada nueva Hetman, erosionando progresivamente la soberanía de este, hasta que durante el reinado de Catalina II la oficina del Hetman fue abolida en 1764, convirtiéndose el territorio en una provincia del imperio ruso bajo el mando de diversos gobernadores militares, perdiendo los cosacos lo que les quedaba de su status especial.

Otro ejemplo destacable dentro de la historia de Ucrania como ente político independiente del gobierno de Moscú es la experiencia revolucionaria anarquista liderada por Néstor Majnó. La población campesina de Ucrania, muy castigada durante la guerra no solo por los combates sino por la confiscatoria política económica del comunismo de guerra, en vigor hasta que Lenin introdujo la Nueva Política Económica que permitió cierto grado de libertad económica, se sumió en numerosas revueltas, la mayoría de pequeña escala pero algunas de las cuales conformaron ejércitos a gran escala como la de Majnó o la de Antonov. El ejército “verde” de Majnó logró establecer un gobierno campesino que, aunque de corta duración, ha pasado a la historia como uno de los pocos ejemplos de intento serio de establecer un gobierno anarquista. La Makhnovschina terminó fracasando frente al ejército bolchevique, Trotski los describió como un intento de los Kulaks de afirmar su autoridad a través del anarquismo, pero llegó a configurar posiblemente la facción más poderosa más allá de los ejércitos rojo y blanco durante la guerra civil rusa. La revuelta, aunque no sea tan reivindicada por el nacionalismo ucraniano actual por su distancia ideológica, sigue siendo a día de hoy uno de los más destacados ejemplos de lucha campesina y revolución anarquista. Anteriormente, los ucranianos habían librado en 1918 una guerra de independencia apoyados por los alemanes contra polacos y rusos, entre los que se había dividido el territorio tras el tratado de Brest-Litovsk, la cual perdieron.

³⁰ Figes. Op Cit.

A pesar de que todos estos hechos históricos tienen una innegable importancia en la configuración de la identidad nacional ucraniana y en su percepción como un ente político e histórico claramente separable de Rusia, lo cierto es que los hechos que resultan más interesantes para entender el nacionalismo ucraniano en su configuración actual no responden ni a los cosacos de la estepa ucraniana, aunque sí sean ampliamente reivindicados por este, ni a las luchas campesinas que se desarrollaran en el contexto de la revolución, sino a aquellos que ocurrieron durante la segunda guerra mundial y en los años inmediatamente anteriores a la misma, protagonizados por la OUN y su líder más destacado, Stepán Bandera, aún a día de hoy uno de los episodios más controvertidos de la historia ucraniana.

En las décadas de 1930 y 1940 el nacionalismo ucraniano creció con fuerza en lo que hoy es Ucrania occidental, las provincias de Galicia, en ese momento parte de Polonia, Brukovyna y Transcarpacia, así como en la diáspora ucraniana formada por comunidades de inmigrantes ucranianos esparcidas por toda Europa que habían huido del país tras la guerra civil rusa y el Holodomor. No se debe limitar el nacionalismo ucraniano a la OUN y su ideología filofascista, ya que existía una importante corriente denominada Nacional-Democracia, dominante entre escritores e intelectuales, que luchaba por los derechos lingüísticos, culturales y políticos de los ucranianos tanto en Polonia como en la Unión Soviética³¹. Esta corriente se organizaba políticamente principalmente a través de dos organizaciones; la UNDO, asociación nacional-democrática ucraniana y la UNR, la república del pueblo ucraniano, así como a través de diversas organizaciones católicas. Sin embargo, la deriva hacia la derecha que afectó a política en Europa en las décadas de 1920 y 1930 también influyó en estas organizaciones, principalmente la UNR, dentro de la cual muchos miembros apoyaron el gobierno autoritario de Josef Pilsudski, que se hizo con el gobierno Polaco en 1926, principalmente por su oposición al expansionismo soviético³². Sin embargo, estos grupos siempre trataron de distanciarse de elementos más totalitarios del nacionalismo ucraniano que veremos a continuación, los cuales consideraban incompatibles con la ética cristiana que defendían. Las disputas no eran solo ideológicas sino también tácticas, criticando el terrorismo y asesinato de oponentes políticos que la OUN practicaba, al considerarlo contraproducente ya que pondría a las

³¹ Shkandrij, M. National democracy, the OUN, and Dontsovism: Three ideological currents in Ukrainian Nationalism of the 1930s-40s and their shared myth-system. *Department of German and Slavic Studies, University of Manitoba, Canada* (2015).

³² Shkandrij. *Ibid.*

democracias occidentales en contra del movimiento. Mientras que la nacional-democracia ucraniana promovía la progresiva transformación de la sociedad mediante la acción política, la OUN perseguía el derrocamiento completo del *status-quo* establecido en la región a través de la revolución violenta.

La OUN, organización de nacionalistas ucranianos, fue fundada en 1929 por Yevguén Konovalts. Para entender la ideología que guiaba el movimiento es necesario prestar atención a la obra del pensador Dimitri Dontsov. Más allá de su glorificación de la fe, la acción, la guerra sobre la razón y la voluntad sobre el intelecto³³, Dontsov desarrolló en su obra *Natsionalizm* lo que vino a denominarse “nacionalismo activo”. En ella el autor predecía la inminente guerra en Europa con Alemania como protagonista, junto a la cual debían luchar los Ucranianos y enfrentarse a la decadente Unión Soviética. Antiguo marxista, sus experiencias durante la guerra civil rusa le habían hecho reemplazar sus ideas federalistas por el separatismo ucraniano, el materialismo propio de la ideología marxista con el idealismo y la lucha de clases entre la clase trabajadora y la burguesía con un imaginado conflicto entre el ilustrado y progresista oeste con con la despótica y reaccionaria Rusia³⁴. Comparable con las ideas fascistas que surgían al mismo tiempo en Italia, la obra de Dontsov promueve la xenofobia, el racismo y el antisemitismo, así como el establecimiento de un gobierno aristocrático, al tiempo que rechaza el liberalismo, la democracia, el cosmopolitanismo y los derechos universales, añadiendo a sus fobias políticas lo que describe como el mesianismo ruso. La simplificación de la realidad mediante dicotomías absolutas, Rusia contra occidente o militancia contra pacifismo, por ejemplo, es otra de las constantes en su obra. La ideología de Dontsov también cuenta con un alto grado de misticismo, considerando necesario el nacimiento de un nuevo hombre con una extática fe en la destino de Ucrania que le permita llevar a cabo el sacrificio personal necesario y acciones que rompan con los históricamente establecidos y socialmente aceptados límites éticos, necesarias para lograr la independencia históricamente negada al pueblo ucraniano. Aunque la ideología de la OUN y de Dontsov suelen verse como indistinguibles, hay varios elementos que las separan, entre ellos el compromiso mucho mayor de Dontsov con el totalitarismo, con una ideas más fanáticas y de corte fascista que el de la OUN, cuya ideología era más mutable y se adaptaba a las necesidades del momento para alcanzar la independencia ucraniana.

³³ Erlacher, T. The birth of ukrainian “active nationalism”: dmytro dontsov and heterodox marxism before world war i, 1883–1914. *Department of history, University of North Carolina* (2014).

³⁴ Erlacher. *Ibid.*

La ideología de la OUN otorgaba una enorme importancia a los mitos nacionales de la historia ucraniana e idealizaban el pasado heroico de su población como guía espiritual para modernizar el país. Uno de los ideólogos principales de la OUN, Oleh Olzhych, desarrolló una versión ucraniana de la "paligénesis", uno de los principales mitos organizacionales que se popularizaron durante el periodo de entre guerras según el historiador británico Roger Griffin, y que eran especialmente prevalente entre los movimientos fascistas, que auguraba que a través de la violencia un periodo de gloria nacional sucedería a un periodo de decadencia dentro de la democracia liberal. En su versión ucraniana, se trata de la leyenda Dazhboh y Japhteth, siendo el primero el principal Dios de la religión pagana de los Rus y el segundo uno de los hijos de Noé mencionado en el Génesis, los cuales son utilizados por el que era portavoz de asuntos culturales de la OUN como representativos del carácter belicoso de los ucranianos, así como la solidaridad grupal y el compromiso con la causa de la independencia³⁵. Podemos observar la fascinación por los mitos paganos, compartida con otros movimientos ultraderechistas como el nacionalsocialismo, al mismo tiempo que incluyen elementos de la teología cristiana, tan importante como era para el nacionalismo ucraniano, especialmente para la nacional-democracia. Otro elemento muy utilizado por autores cercanos al OUN como Malaniuk, Lypa, Samchuk y Mosendz era la civilización clásica de Roma, que interesaba a estos autores por sus virtudes cívicas, su ejército y su estado³⁶. El uso de grandes mitos fundacionales de occidente como Roma pretende ser una forma de situar al pueblo ucraniano en la tradición cultural europea, la cual alberga los principios occidentales que han florecido en otros países mientras que en Ucrania no han podido a causa del control que la despótica rusa con su influencia oriental ejerce sobre ella.

En el año 1941, dos años después de que Hitler invadiera Polonia, se produjo una división en la OUN, por un lado la OUN-B, formada principalmente por los miembros de la región de Galicia, muchos de los cuales se habían sido recientemente liberados de la cárcel, entre ellos su líder, Stepán Bandera, y la OUN-M, formado por la diáspora ucraniana que continuó reconociendo como líder a Andrii Melnyk, que había sido nombrado en 1938 tras el asesinato de Konovalts. Bandera nació en 1909, hijo de un sacerdote de la iglesia católica griega ucraniana y ,tras una vida dedicada a la lucha por el establecimiento de una Ucrania independiente con tanto empeño que todos los nacionalistas ucranianos eran denominados por la propaganda soviética *bandrovtsy*, fue asesinado en 1959 en Munich, por un agente de la KGB que posteriormente desertaría a Alemania occidental y cuyo

³⁵ Shkandrij. Op. Cit.

³⁶ Shkandrij. Ibid.

testimonio allí confirmó que el atentado había sido personalmente autorizado por Nikita Kruschev. Bandera es a día de hoy una de las figuras más controvertidas de la historia de Ucrania. Muchos en el país lo consideran un héroe nacional, al mismo tiempo que su legado es inseparable de las ideas totalitarias de Donstov que marcaron su trayectoria política.

El papel que Bandera y sus seguidores llevaron a cabo en la segunda guerra mundial es aún a día de hoy un tema de debate. Algunos consideran que fueron colaboradores necesarios del genocidio contra los judíos llevado a cabo en el oeste de Ucrania, especialmente en Leópolis, otros creen que fueron patriotas que lucharon tanto contra nazis como contra soviéticos con el objetivo de establecer una Ucrania independiente. Podemos afirmar que a pesar de las similitudes ideológicas que existían entre ambos, la relación entre la OUN y los nazis no fueron siempre las más cercanas, hecho por otro lado comprensible teniendo en cuenta que el propio Hitler se refería a los eslavos como *utermensch*, seres inferiores. Los nacionalistas ucranianos descubrieron pronto que los nazis no iban a favorecer sus deseos soberanistas, antes de la invasión de la Unión Soviética, cuando Alemania se anexionó Bohemia y Moravia en Marzo de 1939, permitió a los húngaros que hicieran lo propio con la Ucrania de los Cárpatos, para decepción de los nacionalistas que declararon su independencia poco después. Otra gran decepción para los nacionalistas fue el pacto Molotov-Ribbentrop, que implicó que, con el beneplácito alemán, la Unión Soviética invadió la parte de Ucrania que se encontraba en Polonia. A pesar de ello, la mayoría de miembros de la OUN seguían viendo en el avance de la Alemania nazi la mejor esperanza para constituir un estado ucraniano independiente, y que como había hecho la Alemania imperial durante la Gran Guerra crearían una Ucrania fuerte para contener a Rusia³⁷. En las preparaciones militares de la operación Barbarroja, Bandera negoció con oficiales de la Wehrmacht para que la OUN-B creara una unidad militar dentro del ejército alemán, que se nombraría *Nachtigal*, y para establecer que se les permitiría llevar a cabo actividades políticas en el país una vez fuera ocupado. Bandera trató de llevar a cabo negociaciones con altos cargos políticos alemanes pero no le resultó posible, posteriormente descubriría que mientras que había oficiales de la Wehrmacht que no se habrían opuesto a alguna forma de autonomía Ucraniana, Hitler había determinado que esta debía convertirse en parte del *Lebensraum*, espacio vital, para Alemania, y tenía planes para enviar a cien millones de ciudadanos alemanes a que colonizaran el este de Europa.

³⁷ Stepan, P. Unraveling the banner. A biographical study of Stepan Bandera. *Department of history University of Alberta* (1993).

Cuando el ejército alemán llegó a Leopólis, con ellos lo hizo la unidad *Nachtigal*, la cual es acusada de haber participado en los progromos que se llevaron a cabo contra judíos y polacos, así como miembros del OUN-M, lo que ha sido negado por diversos miembros destacados del OUN-B afirmando que la unidad estaba demasiado ocupada con las tareas políticas que le habían sido encomendadas para el establecimiento del estado ucraniano. En Leopólis, Yaroslav Stetsko, uno de los líderes del OUN-B, Bandera se encontraba en Cracovia, reunió a una asamblea nacional de entre sus miembros para que sirviera de gobierno provisional de Ucrania y el 30 de Junio de 1941 redactaron el Ato de Proclamación del estado de Ucrania, el cual fue difundido en la estación de radio de la ciudad a la que habían logrado acceso³⁸. De acuerdo a algunos historiadores, el acto debía tener un significado simbólico para la posteridad, así como servir a dos objetivos, forzar a los alemanes a aceptar la independencia ucraniana y establecerse como la facción principal dentro del nacionalismo ucraniano. La respuesta alemana no se hizo esperar y fue severa, disperso el gobierno y arrestó a Stetsko, antes de imponer a Bandera un arresto domiciliario en Cracovia y después en Berlín, aunque se le permitió seguir llevando a cabo negociaciones con el gobierno alemán en su intento para que no liquidara el gobierno de Leopólis, llegando a escribir una carta al propio Hitler protestando porque Galicia siguiera anexionada al gobierno central y que Bucovina del norte hubiera sido transferida a Rumania³⁹.

Bandera ha sido desde entonces, y especialmente desde los años 80 cuando su figura fue recuperada, uno de los símbolos más importantes del nacionalismo ucraniano, a pesar de que su figura sigue siendo muy controvertida por sus conexiones ideológicas con el fascismo y el nazismo, principalmente a través de Donstov. En opinión de algunos autores, a pesar de los claros paralelismos ideológicos existentes, no es preciso igualar el nacionalismo ucraniano de los años 30 y 40, así como otros movimientos de naciones sin estado que se dieron en Europa y que comporten similitudes ideológicas, con el fascismo, habiendo acuñado el término *ustashism*, proveniente de la Ustasha croata, para describir aquellos movimientos que empleaban el nacionalismo integral revolucionario y actos de violencia en contra de una percibida ocupación extranjera⁴⁰, en sociedades no tan altamente industrializadas como Alemania o Italia, y que incluiría organizaciones como la OUN, la Ustasha o el Partido Popular Eslovaco. El motivo es que el mito paligenético de salir de la decadencia liberal

³⁸ Stepan Ibid

³⁹ Stepan Ibid

⁴⁰ Zaitsev, O. Fascism or ustashism? Ukrainian integral nationalism of the 1920s to 1930s in comparative perspective. *Ukrainian Catholic University, Lviv, Ukraine* (2015).

para alcanzar la gloria nacional requiere la preexistencia de un estado, implicando que el fascismo estrictamente hablando no podría estar involucrado en procesos de construcción de un estado⁴¹.

Más allá de debates académicos y apreciaciones terminológicas, es innegable que ciertos elementos del nacionalismo ucraniano han estado, y siguen estando, vinculados con movimientos de extrema derecha. Como dijimos al principio, uno de los motivos que el presidente ruso Vladimir Putin utilizó para justificar la invasión en su discurso posterior a la misma fue la “desnazificación” de Ucrania. Aunque resulta evidente que ciertas organizaciones paramilitares ucranianas que han sido empleadas en la guerra muestran de forma continuada simbología fascista, como el batallón de Azov, a los que resulta fácil relacionar con esta ideología, la afirmación de Putin va más allá de eso. Prácticamente todos los países occidentales tienen organizaciones de extrema derecha operando dentro de ellos, aunque no tengan tanto poder como en Ucrania, pero la tesis rusa es que es el propio gobierno ucraniano el que debe ser desnazificado.

Los diversos gobiernos ucranianos pro-occidentales han hecho gestos al nacionalismo histórico del país que les han valido acusaciones por parte del gobierno de Putin de pertenecer a la extrema derecha. En el año 2010, el presidente Víktor Yúshchenko, que unos años atrás había sufrido un envenenamiento del que se acusa a los servicios secretos rusos, otorgó, antes de que terminara su mandato, a Bandera el título de Héroe de Ucrania. El otorgamiento, que fue condenado por el parlamento europeo, fue declarado ilegal por el sucesor de Yúshchenko, Víktor Yanukovich. Después de que este último fuera apartado del poder tras el Euromaidán, el gobierno de Petró Poroshenko declaró el 1 de enero fiesta nacional en honor a Stepan Bandera, el día de su cumpleaños. Todos los años ese mismo día puede verse en Kiev una procesión de ucranianos que recorre las calles portando antorchas, banderas ucranianas y de la OUN y pancartas con la foto del histórico líder nacionalista. Los recientes hechos que Ucrania ha vivido tanto con sus provincias del este como con Rusia han alimentado el sentimiento nacionalista del país, lo que incluye el recuerdo de estos controvertidos personajes tan importantes en subconsciente colectivo ucraniano cuando se piensa en la lucha ucraniana por la independencia de Rusia. Nada parece indicar que Zelenski sea de extrema derecha, de hecho es judío, sin embargo para muchos ucranianos la idea de una ucrania independiente es inseparable de la lucha de la OUN, y el gobierno ucraniano lo utiliza en su propaganda. Existen numerosos monumentos a Stepan Bandera, así como calles con su nombre, como el Prospekt de Stepán Bandera en Kiev. Sin embargo, el gobierno Ucraniano sabe que este capítulo de la historia

⁴¹ Zaitzev Ibid

ucraniana y su presencia en la ideología nacionalista ucraniana es uno de los principales puntos de discordia con sus aliados occidentales en el conflicto que libra con Rusia. A las habituales condenas de Israel y Polonia a los homenajes al líder de la OUN, se suman la de importantes aliados europeos que llevan al gobierno ucraniano a tener cuidado en sus manifestaciones publicas de homenaje a Bandera y sus correligionarios.

Conclusiones

A continuación expondré resumidamente las conclusiones más destacables de las que he ido exponiendo a lo largo de todo el trabajo.

La historia ha sido de forma continuada una de las herramientas más utilizadas como legitimación de estructuras de poder y en la construcción de identidades e ideas políticas. A través de la ideologización de diferentes eventos, dinámicas y personajes, las instituciones justifican su existencia y sus políticas en base a un relato que progresivamente constituye la mentalidad de una población en un contexto temporal y geográfico determinado.

La batalla de Covadonga constituye un ejemplo paradigmático de mito fundacional de una nación, en este caso la española. A partir de una escaramuza de mediados del siglo VIII entre las tropas del rey Pelayo y las tropas musulmanas, se construirá un relato que a través de las crónicas medievales aportará una carga religiosa a la contienda y se constituirá como punto de partida de la nación española, teniendo una especial importancia para ideologías centralizadoras y católicas de los siglos XIX y XX españoles.

En Rusia, la utilización ideológica de la historia ha sido una constante desde la época de los zares, pasando por los líderes soviéticos y llegando al actual presidente de la federación rusa, Vladímir Putin. Diferentes elementos de su historia han sido realzados u ocultados convenientemente de acuerdo a las necesidades políticas del momento, como ejemplifica la censura que Stalin realizó de la película Alejandro Nevski (1938) mientras duró su alianza con la Alemania nazi y su continua proyección y difusión una vez entró en guerra con esta, empleándola como una alegoría de la histórica lucha entre germanos y eslavos, enmarcándose todo ello en la recuperación que el líder soviético hizo de diversos elementos de la historia rusa como parte de su ideología nacionalista contraria a la de su predecesor, Vladímir Lenin.

Podemos rastrear el establecimiento de una visión determinada de la historia rusa que se traduce en una ideología conservadora y estatista hasta la denominada “nacionalidad oficial” del ministro de educación Serguéi Uvarov de mediados del siglo XIX que destacaba el espíritu de la ortodoxia, autocracia y nacionalidad como elementos que constituyen la identidad rusa. Del mismo modo, podemos encontrar precedentes del ensalzamientos de unos determinados “valores rusos”,

muy ligados con el campesinado del país y sus tradiciones, en oposición a los valores liberales europeos, en las corrientes eslavófilas del siglo XIX.

De manera adicional, encontramos precedentes, también decimonónicos, de las disputas de Rusia con occidente por defender su esfera de influencia. En el siglo XIX cobró importancia en la *intelligentsia* rusa la idea de que el zar debía defender a los eslavos de otros estados, desembocando en la guerra de Crimea (1853-1856). En la actualidad, el fenómeno étnico se ha sustituido por el control del denominado *Ruskii mir*, mundo ruso, que componen las antiguas repúblicas soviéticas y respecto al cual el Kremlin considera una amenaza a su seguridad nacional cualquier intromisión occidental en él.

La ideología de Putin puede enmarcarse en tres conceptos, de acuerdo a su propio manifiesto de 1999 *Russia at the turn of the millenium*, el estatismo, el patriotismo y la solidaridad social. En su opinión, cuando los valores liberales seculares occidentales se han infiltrado en la política han provocado los momentos de mayor inestabilidad del país; 1917 y 1991 en el siglo XX, como ejemplos, tras lo cual ha sido necesario el establecimiento de un gobierno fuerte y autoritario que reconduzca al país; Stalin y Putin respectivamente.

El origen del autoritarismo y el estatismo en Rusia ha sido de objeto de numerosos debates históricos. Destacando algunos autores la influencia asiática que la conquista mongola en el siglo XIII tuvo, manteniéndose algunas instituciones como la *krugovaya poruka*, y otros las escasas instituciones propias de la sociedad civil que se dieron en Rusia durante la época de los zares, en comparación con otros estados europeos, en parte por la forma en que se otorgaba la tierra a los boyardos a través de instituciones como la *pomesti*.

Desde el año 1999 en el que Putin comenzó a ser presidente de la federación rusa, su gobierno ha llevado a cabo una campaña institucional para establecer una versión oficial de la historia rusa que combatiera el pesimismo que se instauró con la *glásnost* de Gorbachev. Para ello ha empleado mecanismos coercitivos del estado como leyes de memoria o persecución de historiadores disidentes, así como elementos de poder blando como la apertura de parques nacionales.

La Rus de Kiev es un estado medieval que supone un punto de partida común para las naciones rusa y ucraniana. El origen de esta civilización ha sido objeto de debate entre historiadores

y académicos, principalmente rusos y alemanes, durante siglos, entre aquellos que defienden la tesis “normanista”, que los Rus tienen un origen vikingo como se recoge en la única fuente escrita al respecto, *La crónica de Néstor*, y los “antinormanistas”, que defienden que los Rus tenían origen eslavo, idea explotada por corrientes nacionalistas rusas sobre todo en momentos de confrontación con Alemania.

La Rus de Kiev es objeto de un debate identitario entre Rusia y Ucrania, así como uno de sus más destacados gobernantes, el príncipe Vladímir, que introdujo en el territorio el cristianismo ortodoxo. Para Rusia, el proto-estado medieval representa la unión centenaria entre los países que conforman los actuales estados de Ucrania, Bielorrusia y Rusia, que en su conjunto denominan la Gran Rusia. Para Ucrania, tanto la Rus de Kiev como el príncipe Volodímir, como ellos le llaman, y su elección del cristianismo ortodoxo de los bizantinos, representan la existencia de Ucrania como ente histórico independiente y su inclusión en la tradición cultural y política europea.

Durante la mayor parte de su historia el pueblo ucraniano ha formado parte de la órbita de poder de Moscú de una forma u otra, aunque han existido momentos en la historia en los que han constituido un estado independiente, como el Hetmanato cosaco de Ucrania (1648-1775) y otros en los que la presión social por hacerlo ha sido destacable, como los momentos posteriores a la finalización de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, para el nacionalismo ucraniano actual tienen más relevancia los movimientos independentistas que surgieron a partir del periodo de entre guerras.

El nacionalismo Ucraniano que empezó a ganar fuerza en los años 30 en las provincias del este y en la diáspora en el extranjero se divide en dos corrientes principales: La nacional-democracia y la representada por la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). La OUN bebió ideológicamente de la obra del escritor Dimitri Dontsov, que representó un pensamiento xenófobo y totalitario comparable al fascismo italiano y al nazismo alemán que reclamaba la constitución de una Ucrania independiente a través de la violencia.

Se discute la participación que la OUN-B, la sección liderada por Stepán Bandera, tuvo en la persecución de Judíos que los nazis llevaron a cabo en Ucrania. Poco después de la entrada del ejercito alemán en Leópolis, en 1941, los nacionalistas ucranianos constituyeron un gobierno

provisional y decretaron el Acta de Proclamación del estado de Ucrania, lo que conllevó el encarcelamiento de sus líderes por parte del estado alemán.

Stepán Bandera es, aún a día de hoy, uno de las figuras más importantes, a la vez que controvertidas, para el nacionalismo ucraniano. Asesinado en 1959 por el KGB, el culto a su figura creció a partir de los 80 y los gobiernos ucranianos pro-occidentales han participado de él mediante la creación de monumentos, la dedicación de días oficiales y el nombramiento de calles. El gobierno de Zelenski trata de respetar a los elementos más radicales del nacionalismo ucraniano mientras sortea el rechazo que Bandera y la OUN provocan en sus aliados europeos.

Bibliografía

Arancón, F. *Hollywood, el ganador de la Segunda Guerra Mundial*. El Orden Mundial (2017).

Balbés, Y. La batalla de Covadonga y el mito fundacional de España. *Academia Play* (2022).

Cross, S. y Sherbowitzwetzor, O. *The Russian Primary Chronicle*. Cambridge (1953).

Danilevski, N. *Russia and Europe: The Slavic World's Political and Cultural Relations with the Germanic-Roman*. Brock University (2013).

Erlacher, T. The birth of ukrainian “active nationalism”: dmytro dontsov and heterodox marxism before world war i, 1883–1914. *Department of history, University of North Carolina* (2014).

Feldman, A. The historiographical and Archeological Evidence of Autonomy and Rebellion in Kherson: A Defense of the Revisionist Analysis of Vladimir’s Baptism (987-989). Universidad de Birmingham (2013).

Figes, O. *La historia de Rusia*. Penguin Random House. Barcelona (2022).

García de la Puente, I. *Traducción de la crónica de Nestor*.

Halprin, C. *The Tatar Yoke: the Image of the Mongols in Medieval Russia*. Bloomington (2009).

Harris, Z. y Ryan, N. “The inconsistencies of History: Vinkings and Rurik” *New Zealand Slavonic Journal*, vol. 38 (2004).

Herberstein, S. *Notes upon Russia. Being a translation of the earliest account of that country, entitled Rerum Moscoviticarum Comentarum*. R.H. Major (1851-1852).

<https://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>

Karamzin, N. *Historia del estado ruso*. Editorial Eksmo (2009).

Kommersant-Vlast', n° 27 (371) (2007).

Korpela, J. Prince, Saint and Apostle. Prince Vladimir Svjatoslavic of Kiev, his Posthumous Life, and the Religious Legitimization of the Russian Great Power. *Harrassowitz Verlag*. Wiesbaden (2001).

Miller, A. "Adjusting Historical Policy in Russia" *Russia in Global Affairs* n° 4 (2014).

Nielsen, J. "Boris Grekov and the Norman Question" *Scando-Slavica*, vol. 27 (1981).

Ordoñez, A.M. *La Reconquista: construcción de un mito identitario. Usos políticos y discursivos de un concepto anacrónico*. "Nuestra historia 9" (2020).

Putin, V. *Russia at the turn of the millennium* (1999).

Shkandrij, M. National democracy, the OUN, and Dontsovism: Three ideological currents in Ukrainian Nationalism of the 1930se40s and their shared myth-system. *Department of German and Slavic Studies, University of Manitoba, Canada* (2015).

Sondages IFOP 1945, 1994, 2004. www.les-crises.fr

Stepan, P. Unraveling the banner. A biographical study of Stepan Bandera. *Department of history University of Alberta* (1993).

Trubetskoi, N. *Exodus to the East forebodings and events : an affirmation of the Eurasians*. Charles Schlacks jr. (1996).

Vernadsky, G. *A history of Russia*. Yale University (1961).

Zaitsev, O. Fascism or ustashism? Ukrainian integral nationalism of the 1920se1930s in comparative perspective. *Ukrainian Catholic University, Lviv, Ukraine* (2015).